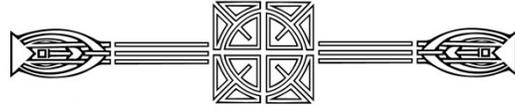


Cuentos de un Jardín Inglés

Por Josephine Hymes



Graham Cottage en Tiddington Road No. 150, Stratford-upon-Avon¹

Cuento No. 2: Tres Generaciones



safeCreative

2407278901110

INFO ABOUT RIGHTS

d²

¹ Todas las ilustraciones en esta serie de cuentos fueron generadas por Josephine Hymes usando Copilot Designer, con apoyo de DALL-E 3

² Los derechos de esta historia están registrados para exigir Atribución-Uso no Comercial -Sin alteraciones o derivados de acuerdo con el Acuerdo Internacional 4.0.

Cuando Candy y su marido llegaron a Stratford aquel verano, la señora Graham ya tenía una carta de Richard Grandchester esperándola. Como Candy nunca había recibido una comunicación escrita de su suegro, estaba más que contenta de que él estuviera dispuesto a comunicarse con ella por esa vía. Sólo había sido una breve nota con referencias de un médico de confianza localizado en Stratford al que podía consultar. Sin embargo, como Candy nunca se había dejado intimidar por los modos impasibles de los Grandchester, la joven había aprovechado la oportunidad para iniciar una relación epistolar con el duque.

Terrence le advirtió que no debía esperar que su padre se tomara el tiempo de responderle con la misma asiduidad que sus parientes y amigos en América lo hacían. De hecho, podía darse el caso de que solamente llegase a obtener una respuesta escrita por el secretario del duque en lugar de una respuesta personal por parte de Richard Grandchester. A pesar del reservado pronóstico de Terrence, el duque no sólo le había respondido directamente a su nuera, sino que además lo había hecho en los términos más amables y de su puño y letra:

25 de agosto de 1925

Arundel Park,

Cheshire

Querida niña,

No debes preocuparte por dirigirte a este viejo con el protocolo adecuado. Me gustaría pensar que si me escribes lo haces como hija mía y, pronto, como madre de mi nieto. Por eso, no me siento ofendida por tu omisión de algunas formalidades tediosas que no te resultan familiares. Al contrario, encuentro tu manera de dirigirte hacia mí simultáneamente respetuosa y encantadora. Por favor, siéntete en libertad de mantener nuestra correspondencia de la manera que te resulte más cómoda.

Me alegró saber que el Dr. Monroe resultó de tu agrado. Mi propio médico lo recomendó como un hombre tan auezado como íntegro. No aceptaría menos que eso para un miembro de mi propia familia. Dado que posees más conocimientos médicos de los que yo jamás tendré, confío en que podrás juzgar mejor que yo el trabajo de Monroe. Si te sientes a gusto con él, no puedo sino felicitarme por haber sido el medio para que lo conocieras.

También me complace mucho que hayas disfrutado tanto de tu estancia en Carmelhill. A lo largo de los años, he considerado vender esa propiedad en más de una ocasión. Sin embargo, siempre ha habido una u otra cosa que ha interferido con estas intenciones y he continuado posponiendo la tarea de ponerla a la venta. Ahora que sé que la propiedad es tan querida para ti, me alegro de que mis planes se hayan visto frustrados.

No hace falta decir que me alegro de que hayas respondido tan cálidamente a mi carta. Me gustaría mantener este canal de comunicación abierto contigo y estar informado de tu salud, así como de la de mi hijo y mi nieto.

Siendo una persona perspicaz como sé que eres, seguramente ya habrás notado que mi relación con mi hijo aún se encuentra en una etapa delicada. Estoy consciente de que los muchos errores que he cometido no se pueden borrar de la noche a la mañana con sólo unas cuantas entrevistas y algunas cartas. Así que es obvio que mi objetivo de reparar nuestro deteriorado vínculo requerirá mucho esfuerzo y paciencia. En este empeño, que te aseguro persigo por el bien de mi hijo más que por el mío, me gustaría contar con tu ayuda. Si fuera yo tan arrogante y ciego como lo fui en el pasado, tal vez dudaría en pedir consejo a alguien que es mucho más joven que yo. Sin embargo, la vida me ha enseñado algunas lecciones

amargas para entender que la sabiduría no es patrimonio exclusivo de los mayores, y ciertamente es a menudo ajena a los poderosos. Por otro lado, como hombre, puedo ver fácilmente que el corazón de mi hijo está en tus manos. Además, mientras a mí me resulta difícil entender a Terrence en muchos aspectos, es evidente que tú estás al tanto de sus pensamientos más íntimos. Por lo tanto, me gustaría pedirte consejo con respecto a mi trato con él.

Dicho esto, me gustaría darte carta blanca para que me des tu opinión sobre lo siguiente: ¿Crees que sería prudente que los visite en algún momento de septiembre? Aunque la última vez que vinieron a Londres, Terrence y yo hablamos vagamente de tal visita, hasta ahora él no me ha enviado una invitación y no quisiera imponer mi presencia. Hasta que no reciba una respuesta tuya sobre este tema, no insistiré sobre el asunto con mi hijo.

Atentamente

Richard Grandchester

Ante semejante respuesta por parte de “su excelencia”, Candy, que ya estaba más que predispuesta a fomentar la armonía familiar, inició otra de sus campañas conciliatorias. Fue por sugerencia suya que Terrence finalmente envió una invitación a su padre, y fue bajo su influencia que el duque sorprendió a su hijo al aceptar una visita a un lugar por debajo de los estándares a los que estaba acostumbrado. Que Richard Grandchester se hubiera dignado a pasar tres noches en un hogar de “clase media”, sin su chef francés, ya era en sí asombroso. Que hubiera desdeñado la compañía de sus pares en plena temporada de caza, prefiriendo la compañía de su obstinado y rebelde hijo, estaba más allá de los sueños más locos de Terrence. Tal vez por esta razón, el joven se había relajado un poco más e incluso había logrado disfrutar de su tiempo con su padre. Más aún, al final de la visita de Lord N***, Terrence le había confesado a su esposa que no se oponía a repetir la experiencia en el futuro. Obviamente, Candy estaba encantada con los resultados.

Sin embargo, incluso cuando se había logrado mucho, Candy sabía que aún quedaban muchas aristas por limar y muchos puentes nuevos que levantar antes de que el vínculo filial pudiera repararse por completo. De hecho, el inminente nacimiento de su primer hijo podía ser la ocasión para la construcción de un nuevo puente. Irónicamente, también podía ser causa de la reapertura

de viejas heridas. Candy no era tan ingenua como para ignorar que el bebé representaba muchas cosas para el duque, la menos importante de las cuales era la sucesión del ducado. Y eso no era algo menor. Sí, Richard Grandchester estaba naturalmente ansioso por ver venir al mundo a un nuevo heredero de su linaje, pero ese era solamente el interés que podía percibirse en la superficie. A un nivel más profundo, Candy comprendía que el niño podía significar una nueva esperanza, una nueva oportunidad de convertirse finalmente en algo parecido a un padre y tal vez triunfar donde antes había fracasado tan vergonzosamente. Para ese propósito, el género del niño era irrelevante y la sucesión del ducado un asunto intrascendente.

Por buenas que fueran las intenciones de Lord N*** hacia su nieto (o nieta), Candy había observado que su marido era especialmente reservado en ese sentido. En una coyuntura como esa, la criatura podía acercarlo a su padre, o representar el comienzo de un nuevo duelo de voluntades entre ambos. Lo último que Candy quería para su familia era eso. Por ello, abordó abiertamente el tema con su suegro a través de una carta especialmente difícil de redactar. Puede que Candy no fuera una gran escritora, en el sentido más técnico o artístico del término, pero puso su corazón al servicio de su pluma de la siguiente manera:

Stratford-upon-Avon

3 de octubre de 1925

Estimado señor,

Me alegra mucho saber que su viaje de regreso a Arundel Park fue agradable y sin incidentes. Debo agradecerle nuevamente su visita. Sé que tuvo que privarse de algunas de sus comodidades habituales durante su estadía, pero creo que el sacrificio no fue en vano. Le aseguro que cierta persona a la que usted y yo apreciamos mucho se sintió realmente complacido con su compañía.

Nuestra vida aquí en Stratford continúa a su ritmo habitual. El trabajo de Terry en preparación para su nueva gira se ha intensificado y el bebé sigue creciendo a gran velocidad, aunque no tan rápido como yo quisiera. De hecho, es sobre el bebé que me gustaría hablar en esta carta.

Sé, señor, que usted está contento con la perspectiva de tener nietos. Como madre de la criatura, por supuesto, me siento honrada por su sincero interés por mi bebé. Sin embargo, quizá haya notado que Terry parecía bastante incómodo cada vez que usted sacaba el tema del bebé en sus conversaciones con él. Debo admitir que al principio su actitud me desconcertó mucho. Terry es un hombre naturalmente reservado y, a menudo, en su deseo de

protegerme, se guarda sus preocupaciones para sí mismo. Por eso, al notar su comportamiento extraño, me puse a observarlo con más atención, prestando atención a los posibles significados ocultos en sus frases inacabadas y en su silencio. Recogiendo pistas de aquí y de allá, creo que ya he podido descifrar la causa de su malestar. Creo que mi marido teme que el entusiasmo de usted por tener un nuevo heredero en la familia pueda, en el futuro, llevarlo a usted a interferir con los planes que Terry pueda tener con respecto a la educación de la criatura. Sé bien que usted no tiene esas intenciones, pero Terry tiende a sospechar lo peor de los demás, a menudo sin pruebas.

Además, como padre, seguramente usted comprende que este bebé significa mucho para Terry. Supongo que él tiene miedo de verse dividido entre su amor por la criatura y su creciente cariño por usted. También imagino que la perspectiva de tener que luchar contra usted no le resulta atractiva, especialmente ahora que se ha dado cuenta de que podría tener un amigo en usted. Por mucho que me gustaría tranquilizar a Terry sobre este tema, temo que pueda tomar mis palabras como meras ilusiones. En ocasiones, he sido objeto de sus burlas cariñosas por lo que él llama "mi obstinada tendencia a atribuir bondad y buena voluntad donde no las hay". Sólo usted, señor, puede aliviarlo de esta preocupación. Por esta razón, le ruego que hable con él sobre este tema tan pronto como tenga la oportunidad de volver a verlo.

Por último, en cuanto a su solicitud de recibir noticias más tan pronto como sienta que ha llegado mi momento, le prometo que me aseguraré de ponerme en contacto con usted, incluso antes de irme al hospital. Aprecio su interés en estar conmigo en un momento como ese. Sin embargo, me temo que, si decide venir a Stratford para la ocasión, se dará cuenta de que tendré una invitada más, quien se quedará conmigo durante esos días. Verá usted, señor, aunque Terrence no estará en Stratford para el nacimiento del bebé, no estaré completamente sola. La Señorita Baker estará conmigo desde principios de noviembre. Ha alquilado una casa cerca de la nuestra, pero pasará mucho tiempo en nuestra casa, especialmente mientras Terry esté de gira. Esto, por supuesto, no significa que no reciba con agrado la visita de usted, pero dejaré a su discreción la decisión de lo que sea mejor hacer en este caso. Aparte de eso, estoy encantada con la perspectiva de tener a los dos abuelos de mi bebé a mi lado en el momento de su nacimiento. Al ser huérfana, no podré contribuir con un par de abuelos para mis hijos. Mi padre adoptivo será más como un tío, ya que es como un hermano mayor para mí. Por eso, es un consuelo saber que el bebé al menos disfrutará de la presencia del único par de abuelos que tendrá en su vida.

Esperando saber de usted, le saludo como siempre.

Atentamente,

Sobresaltado, el hombre giró su cabeza, coronada por una melena de color rubio cenizo, con un mechón lacio pulcramente acomodado sobre su frente. Sus ojos se tornaron para mirar a la mujer que lo había llamado. Junto a él, una joven rubia ataviada con un vestido de maternidad holgado en color turquesa oscuro sostenía una caja de té Darjeeling.

—Es una caja del té favorito de mi marido —explicó la joven, al ver que el hombre no entendía lo que quería decir—, a él no le suele gustar el té que sirven en los trenes, así que usted quedará muy bien parado con él si lleva esto a la mano. . . y recuerde, siempre limón, no crema —concluyó la mujer con una sonrisa.

—Dios mío, gracias, señora Graham —respondió Justin— Realmente aprecio su ayuda, señora.

—No es nada, señor McNichols —dijo la joven esposa— Me gustaría poder hacer más para aliviar su carga, pero como puede ver, mi condición no me permitirá viajar con él esta vez, —explicó, mientras apoyaba su mano derecha sobre su vientre que mostraba un embarazo bastante avanzado.

—No debe preocuparse por su marido, señora —respondió el hombre con una sonrisa tímida—. Haré todo lo posible por cuidarlo. Lo único que lamento es que estaremos lejos cuando llegue el día en que usted va a dar a luz.

—Bueno, bueno —respondió la señora Graham poniendo los ojos en blanco de manera juguetona—, por mucho que quisiera que mi marido pudiera estar conmigo para el nacimiento de nuestro bebé, he descartado ese plan desde que conocimos el programa de esta gira. Pero no se preocupe por mí, señor McNichols, veré, eh . . . una amiga de la familia, la Señorita Baker, llegará mañana, para quedarse conmigo cuando llegue el momento, y siempre tendré a la Señora Leveridge conmigo también —concluyó, refiriéndose a su nueva ama de llaves.

—Estoy seguro de que estará en buenas manos, pero me gustaría poder ser de más ayuda —dijo el hombre con sinceridad. Había algo en esa joven menudita que le inspiraba simpatía y confianza, aunque sólo la conocía desde hacía unas semanas.

—Ah, pero hay algo que puede usted hacer para ayudar —dijo la señora Graham con una chispa en sus ojos verde claro, y por un momento McNichols pensó que había algo parecido a la travesura en su expresión.

—Dígame, señora.

—Bueno, veré, señor McNichols —empezó la joven bajando la cabeza, como si estuviera a punto de hacerle una confidencia—, mi marido ha estado intentando dejar de fumar durante los últimos meses y hasta ahora lo ha conseguido, pero me temo que el estrés de la gira y su ausencia cuando yo estoy a punto de dar a luz pueden contribuir a que se sienta más débil, ya sabe. Después de todo, dicen que los viejos hábitos son difíciles de eliminar.

cerca. Junto a un tocador de nogal encerado, había un perchero con una docena de trajes a la medida y un par de abrigos. La joven se dirigió directamente al perchero, decidida a concluir su misión lo antes posible.

—Por favor, comprueba si esta selección es de tu agrado. Calculé que preferirías una selección de tonos oscuros, ya que estamos prácticamente en invierno. ¿Qué te parece? —dijo Candy con tono casi profesional, mientras sus dedos acariciaban las telas de las chaquetas.

Terrence sonrió para sus adentros. Aunque había viajado por el mundo durante más de ocho años y se las había arreglado bastante bien por sí solo, su sentido de independencia no se sintió ofendido cuando su esposa decidió encargarse de los preparativos de su viaje. Al contrario, tuvo que admitir que no era inmune al encanto de ser mimado hasta la médula por su esposa amorosa.

—¡Terry! —lo llamó de nuevo ella, al ver que él no respondía a su pregunta—. ¿Estás prestando atención?

—Por supuesto, pero no veo qué más puedo decir, Doña Pecas. Parece que ya has decidido lo que hay que llevar —dijo en tono de broma, mientras se paraba justo detrás del cuerpo de Candy—. Estoy seguro de que puedo confiar en tu buen gusto.

—¿Hablas en serio? —insistió ella, haciendo todo lo posible por no reírse. Él había empezado a jugar con sus rizos rubios, justo en el lugar del cuello donde más cosquillas sentía—. También incluí un esmoquin, por si surge algún compromiso semiformal, y un traje de levita para la cena en Londres —continuó, haciendo todo lo posible por ignorar sus caricias.

—Mi monita parece olvidar que no tengo intención de asistir a esa insípida cena —replicó Terrence, todavía en tono juguetón.

—¡Terry, sabes muy bien que no puedes hacer eso! —lo reprendió Candy, intentando girarse hacia él para mirarlo a los ojos. Sin embargo, como él ya había envuelto sus brazos alrededor de su vientre, lo que reducía su movilidad, se resignó a evaluar su expresión de fastidio en el espejo giratorio que había sobre su tocador.

—¡Si no vienes conmigo, no creo que pueda sobrevivir los primeros cinco minutos de esa terrible fiesta! —dijo, fingiendo timidez.

“Amor mío, me gustaría poder ir contigo, pero...”

—Lo sé, lo sé —intervino él, amortiguando su voz al besar la cabeza de ella—. En primer lugar, no debería irme de gira. Tú y el bebé me necesitan aquí.

La boca de Candy se torció en una sonrisa triste, pero recuperando la compostura en un segundo, la joven continuó:

—Terry, ya hemos hablado de esto antes. Esta es tu primera gira con la *Nueva Compañía Shakespeare* como miembro permanente; simplemente no te puedes perder esta temporada. Si sucediera algo malo . . .”

—Nunca me lo perdonaría —la interrumpió, y su voz bajó un tono o dos por debajo de lo normal.

—Iba a decir que, si surge algún problema, tu madre estará conmigo para ayudarme a solucionarlo. Por favor, Terry, deja de preocuparte por mi embarazo y prométeme que harás todo lo posible para afrontar tus compromisos con la Compañía. Después de la temporada, siempre puedes tomarte unos días libres y estar con nosotros a tiempo completo.

El joven sabía bien que la razón estaba del lado a su esposa, pero su corazón todavía se resistía a escucharla.

—Y entre tus compromisos está esta cena —continuó Candy—. Entiendes que el evento se lleva a cabo en honor de la Compañía y que el Sr. Bridges-Adams necesita reunir fondos para el Festival³. ¿No es así? —preguntó, logrando finalmente soltarse del agarre de Terry y mirarlo directamente a los ojos.

—Odio cuando tienes razón, Pecas —suspiró molesto—, pero la mera idea de ver al conde de C*** hace que me resista a complacer a William.

—Dios mío, Terry, seguro que el hombre no es tan aburrido como lo describes.

—¡Peor aún! Es uno de los mejores y más viejos amigos de mi padre. Se conocieron en su juventud, mientras estaban en Trinity College⁴. Me vio muchas veces durante mi infancia y adolescencia. Estoy segura de que me reconocerá a primera vista . . . y después de eso, no habrá fin a los rumores. Los chismes de los tabloides ya están más que insoportables, así como están hasta ahora.

—¿Rumores? —Se rió ella entre dientes mientras arqueaba las cejas— Esta vez debes aceptar que hay mucha verdad en esos supuestos rumores, Terry ¡Esto es Inglaterra! No puedes vivir aquí, llevar una buena relación con tu padre y seguir esperando que la gente ignore quién eres.

Terrence no respondió al argumento de su esposa. Se limitó a hacer una pequeña mueca de disgusto, mientras se dejaba caer pesadamente en un diván Maurice Dufrene colocado cerca de la chimenea. La joven se desplazó hacia el respaldo del diván, colocando suavemente una mano sobre el hombro izquierdo del hombre, mientras con la otra acariciaba su cabello.

³ El Festival de Stratford-upon-Avon, que William Bridges-Adams dirigió durante más de una década, representó la actividad principal de la Nueva Compañía Shakespeare (después conocida como la Real Compañía Shakespeare). Dicho festival solía extenderse por dos temporadas cada año, una en primavera y otra en otoño.

⁴ Una de las unidades académicas de la Universidad de Cambridge.

—Me gusta pensar que soy un hombre que se forjó si depender de las influencias de su familia, Pecas —siguió protestando.

—Y lo eres, mi amor, pero también eres el hijo de tu padre. Aunque el mundo lo ignorara, seguirías siendo el hijo de Richard Grandchester y todo lo que eso conlleva. Negarlo solo lastimaría a tu padre, y lo sabes. No creo que quieras hacer eso.

—Supongo que no —concedió Terrence, cediendo gradualmente al lento masaje que su esposa le aplicaba en las sienes.

—Lo cual también me recuerda . . . —añadió Candy—. Sabes, en cuanto llegue tu madre mañana, tendré que hablar con ella sobre su insistencia irracional en ocultarle al mundo quién es ella para ti.

Entonces fue el turno de Terrence de negar con la cabeza, desaprobando los planes de Candy.

—Eso es algo que me gustaría presenciar, Señora Entrometida. Ya he tenido esa conversación con la dama en cuestión más de una vez. Incluso le propuse dar una conferencia de prensa para exponer todo el asunto de una vez por todas de manera adecuada, pero ella siempre se opuso a la idea.

—No estoy hablando de hacerlo público en una conferencia de prensa, Terry. —Esto no es Nueva York, después de todo —dijo Candy con una sonrisa— Sólo me preocupa nuestro bebé. No quiero que nuestros hijos tengan que ocultar quién es su abuela frente a sus amigos o la gente que forman parte de nuestro círculo íntimo. Los niños nunca deberían cargar con secretos familiares.

—Tiene usted razón, señora, pero sigo creyendo que será difícil discutir con la *Señorita Baker*. Te deseo buena suerte . . . Ahora bien, ¿no le parece que el almuerzo ya se ha hecho mucho esperar? —añadió, levantando la ceja izquierda.

—No hasta que me prometas que asistirás a la cena de Lord C*** y serás educado con él por el bien de tu jefe.

—¡Por Dios, Pecas, eres una brujita manipuladora! —Frunció el ceño, medio divertido y medio frustrado por la insistencia de ella en el tema de la cena.

—Como si no lo supieras antes de casarte conmigo, mi querido Lord A*** —dijo en tono burlón, moviéndose lo más rápido posible para esquivar el cojín que su esposo le arrojó. Cada vez que lo llamaba por su título de cortesía, Terrence sabía que tenía que dejar de resistirse o, de lo contrario, ella seguiría molestándolo sin parar.

—Está bien —dijo, rindiéndose—. ¡Puedes decirle a McNichols que empaque la levita y la corbata blanca!

—¡Bien! ¿Te apetece un sándwich de queso y pepinillos con ensalada de pollo?

—Eleanor, me temo que hay algo que me gustaría discutir contigo que es más importante que decidir si usaremos verde Nilo o color durazno —dijo de repente la joven, tomando la mano de su suegra.

—¿Y qué sería eso, mi niña?

Candy bajó la mirada, todavía insegura de cómo la madre de Terrence recibiría sus palabras.

—Quizá me esté preocupando por cosas que no son de mi incumbencia inmediata ahora . . . pero, aun así, no puedo evitarlo —empezó Candy. Eleanor comprendió entonces que su nuera estaba a punto de revelar un asunto serio. Así que, instintivamente, dejó a un lado el catálogo de colores que había estado hojeando.

—Sé que siempre has insistido en mantener en secreto tu relación con Terry —comenzó finalmente Candy—. Y respeto eso . . .

—¿Pero? —preguntó Eleanor, repentinamente preocupada por el rumbo que había tomado la conversación.

—Me preocupa cómo vamos a manejar tu relación con el bebé, Eleanor. Quiero respetar tus deseos, pero no me gustaría mentirle a este niño o niña cuando empiece a hacer preguntas . . . Yo . . .”

Eleanor suspiró profundamente cuando se dio cuenta de lo que Candy estaba tratando de decir. En un movimiento reflejo, la mujer comenzó a jugar con los puños de sus mangas color guinda oscuro.

—Entiendo lo que quieres decir, Candy —respondió finalmente Eleanor con expresión pensativa—. Pensé un poco en el asunto durante mi viaje, pero . . . para ser honesta contigo . . . aún no he decidido qué es lo mejor que puedo hacer.

—¿No es decir la verdad la mejor opción, Eleanor? —soltó Candy con su habitual franqueza—. Esta criatura debería saber quién eres . . . Quiero decir, los hijos de Terry deberían tener el derecho de dirigirse a ti sin tener que ocultar su conexión contigo ante el resto del mundo ¿No estás de acuerdo? Terry cree que te resistes a ese hecho porque todavía te sientes demasiado joven para encajar en el papel de abuela, pero estoy segura de que no eres tan vanidosa como para eso.

Eleanor asintió y una sonrisa triste apareció en sus labios.

—Desearía que sólo mi vanidad estuviera en juego, Candy, pero tengo otras razones, razones que no me corresponde revelar.

Candy se detuvo un segundo, preguntándose a qué se refería exactamente Eleanor. Sin embargo, respetando el silencio de Eleanor, se apresuró a agregar:

Algunas personas dicen que los primeros embarazos duran más. Candy sabía que no siempre era así, pero basándose en su experiencia como enfermera, estimó que el feliz acontecimiento podría ocurrir en algún momento alrededor de la primera semana de diciembre. Esa estimación era particularmente desafortunada ya que La Nueva Compañía Shakespeare había planeado una serie de presentaciones en Londres y otras ciudades importantes de noviembre a enero.

No hace falta decir que la joven pareja se resistía a separarse en una ocasión tan trascendental. Lamentablemente, el compromiso no podía evitarse. Así que, forzosamente, Terrence se marcharía la semana siguiente como estaba previsto. A medida que se acercaba el día de su partida, el sueño empezó a evadirlo durante las primeras horas de la noche. Tal inquietud no le resultó una sorpresa. A la frustración natural que le causaba la inminente separación, el joven había sumado recientemente la inquietud de varios días de abstinencia sexual. Estaba plenamente consciente de que él y su esposa habían sido especialmente bendecidos con un embarazo saludable, que les había permitido prolongar intimidades en una etapa muy avanzada de la gestación. Sin embargo, desde la semana anterior la futura madre se había estado sintiendo un poco indisputada, ya que su cuerpo se estaba volviendo más pesado e hipersensible. Así que ambos habían decidido que era mejor esperar a que Candy se recuperara del parto. Por supuesto, Terrence no era de los que rehuían hacer un sacrificio por el bien de su esposa, pero eso no significaba que fuera fácil para él, especialmente con la perspectiva de una separación prolongada.

Era poco más de la una de la madrugada cuando el joven, que había estado luchando con una pesadilla recurrente una vez más, se levantó de la cama para reavivar el fuego en la chimenea. Agachado frente al hogar, mientras atizaba el fuego, se preguntó cómo era posible que sus recuerdos de la guerra hubieran logrado resurgir en las últimas semanas, persiguiéndolo en sueños una vez más. Había pensado que el sonido distante de las explosiones de las bombas y las imágenes borrosas de aquel terrible incendio habían sido olvidadas. Después de todo, habían pasado casi siete años desde . . . Tal vez su ansiedad actual y las preocupaciones por su esposa y su bebé estaban desencadenando los sueños, reflexionó:

— *“¿No puedes tú atender a una mente enferma, arrancar de la memoria un dolor arraigado, borrar los problemas escritos en el cerebro⁵?”*, recitó para sí mismo en un susurro.

En un esfuerzo por luchar contra sus pensamientos sombríos, cerró los ojos para evocar los poderes curativos de recuerdos más recientes y mucho más agradables. Mientras lo hacía, en su imaginación, voló de nuevo a los cálidos recuerdos del verano anterior. Se quedó en ese estado de ensoñación durante un tiempo hasta que escuchó la voz de Candy llamándolo.

⁵ Una cita de Macbeth en la que el protagonista ruega a su médico que le dé a su esposa, la reina, algún alivio para sus tormentos mentales.

—Terry —dijo ella en voz baja, en medio de la oscuridad.

—Ya voy, Pecas, solo estaba avivando el fuego —respondió, adivinando que su esposa lo estaba llamando para que volviera a la cama.

Luego entonces, se levantó de su lugar junto a la chimenea y caminó lentamente hacia la gran cama con dosel que compartían. Para su sorpresa, su esposa estaba sentada al borde de la cama, con el rostro repentinamente pálido.

—¿Estás bien, Candy? —preguntó preocupado.

—Bueno, Terry . . . creo . . . creo que ya es hora —respondió ella con un suave jadeo.

—¿De qué estás hablando? —preguntó el joven, su mente incapaz de registrar el significado de las palabras de Candy.

—Creo que el bebé nacerá esta noche, Terry.

La sangre desapareció del rostro de Terrence inmediatamente.

—¡Pero aún no es el momento! ¿Estás . . . estás segura?

—He estado teniendo contracciones desde esta tarde, Terry . . . —hizo una pausa como si tuviera dificultad para hablar—. Yo . . . pensé que era una falsa alarma . . . pero . . . he estado monitoreando las contracciones desde entonces y se están volviendo cada vez más frecuentes. ¡Ahora no tengo dudas de que este bebé llegará muy pronto!

Terrence había oído historias sobre bebés prematuros y las escasas posibilidades que tenían de sobrevivir. Su corazón se detuvo un instante ante esa idea. Sabía que debía mantener la calma ahora que Candy lo necesitaba, pero demasiadas emociones comenzaron a acumularse en su pecho, amenazando con explotar en cualquier momento. Así que, a pesar de que era consciente de que tenía que actuar rápidamente, su mente y su cuerpo estaban paralizados.

—¡Terry! —gritó Candy, sintiendo una nueva contracción, más fuerte y dolorosa que las anteriores— ¡Llama a tu madre y trae el coche!

El joven se levantó entonces y nerviosamente comenzó a vestirse lo más rápido que pudo.

—No . . . no te preocupes, Candy. . . vamos a superar esto. . . vamos a tener este bebé. . . y todo va a estar bien —murmuró poco convencido, mientras sus dedos luchaban por abotonarse la camisa.

—Terry. . . por favor. . . —respondió su esposa casi con un tono de enojo—. Soy yo quien tiene las contracciones; soy yo quien está teniendo este bebé . . . ¡Ahora trae a tu madre, POR FAVOR!

Terrence, sobrecogido por el grito de su mujer, recuperó de repente el control de su cuerpo, cogió su abrigo y salió del dormitorio. Cuando Candy se encontró sola, sus ojos se dirigieron rápidamente hacia el extremo derecho de la habitación. También ella necesitaba vestirse, pero la

distancia entre la cama y el armario parecía demasiado grande en su estado actual. Temía que su fuente se rompiera en cualquier momento si se esforzaba. Así que decidió permanecer sentada hasta que llegara su suegra. Entonces, recordando las muchas veces que había ayudado a mujeres en el parto, empezó a seguir su propio consejo y se concentró en su respiración.

Mientras su mente se concentraba en el movimiento de sus pulmones bombeando aire hacia dentro y hacia fuera de su cuerpo, su estado de excitación comenzó a disminuir. La última contracción había sido dolorosa, pero según sus cálculos tendría al menos diez minutos de descanso antes de que viniera una nueva.

Un poco más concentrada, la joven recordó de pronto que había algo que debía hacer antes de ir al hospital. Miró hacia su tocador, donde guardaba su vieja caja de madera con toda su correspondencia y recortes de periódico. Justo encima de sus cartas más recientes, había una que la llamaba a actuar, y a hacerlo rápido. Con la velocidad vertiginosa con la que los recuerdos y los pensamientos pueden viajar por la mente, Candy repasó los acontecimientos de los últimos meses que se relacionaban con su suegro.

La joven sospechó que sus palabras, por mucho que hubiera tratado de elegirlas con cuidado, podrían haber causado un impacto en el caballero, porque tardó más de lo habitual en responder, pero terminó por hacerlo al cabo de dos semanas. Sorprendentemente, no sólo había respondido con la promesa de hablar con Terrence como Candy había sugerido, sino que también confirmó su deseo de estar en Stratford para el nacimiento de su nieto. Sin embargo, por supuesto, había declinado amablemente la invitación de Candy de quedarse en su casa nuevamente, ya que **podría ser más cómodo** para Candy y **su invitada** tener la casa para ellas solamente. Él sólo se quedaría durante el día para asegurarse de que su nuera estuviera bien, conocer al bebé, y viajaría de regreso a Londres por la noche. Eso fue más que suficiente para que Candy se sintiera agradecida.

En realidad, Candy no podía hacer otra cosa que regocijarse por la pequeña victoria que había obtenido. Sin embargo, ahora que sabía que el bebé estaba de camino a este mundo, quería cumplir la promesa que le había hecho al duque y llamarlo antes de partir hacia el hospital. Por desgracia, su tocador parecía estar muy lejos de la cama donde estaba sentada. Si quería hacer esa llamada, necesitaba sacar de su caja de madera la última carta en la cual el duque le había enviado una serie de números telefónicos para contactarlo en cualquier momento ¿Por qué demonios no había tenido cuidado de aprenderse de memoria alguno de esos números? ¿Podría caminar hacia el tocador? Levantó la mano para buscar el apoyo de la cabecera de la cama con la intención de levantarse.

—No te atrevas a levantarte sola, señorita —dijo la dulce pero firme voz de su suegra entrando en ese mismo instante al dormitorio— Te ayudaré a vestirte y te traeré tu bolso de viaje.

—¡Eleanor! —dijo Candy, sorprendida—. Yo estaba. . . uh, necesitaba. . . es decir. . . ¿dónde está Terry? —murmuró la joven preguntándose cómo iba a llamar al duque si Terrence estaba cerca.

—No te preocupes, Candy. Terry fue a encender el auto y sacarlo del garaje. Estará aquí en un momento para llevarte abajo —respondió Eleanor, tomando la ansiedad reflejada en el rostro de Candy como una reacción natural en una mujer a punto de dar a luz.

—Bueno —intervino Candy, sin saber si debía revelarle sus planes a su suegra—. Quería, eh. . . sacar algo de mi tocador —dijo finalmente.

“¿Puedo traértelo? ¿Qué es?”

“Una carta, dentro de esa caja de madera. . . debe estar justo encima de la pila”.

Con rápidos reflejos, Eleanor se acercó al tocador de Candy. La caja, que era bastante vieja y estaba un poco desgastada, estaba sobre el tocador. Eleanor abrió la tapa y casi se le salieron los ojos de las órbitas cuando vio la carta a la que se refería Candy. El sobre estaba sellado con un escudo de armas que ella conocía muy bien.

—¡Esta es. . . una carta de Richard! —soltó Eleanor, delatando su sorpresa, pero después de que pasara el shock inicial, logró recuperar su compostura habitual en un segundo— ¡Yo . . . no sabía que mantenías correspondencia con él! —agregó en un tono más sereno, entregándole la infame carta a Candy.

—Sí, hace poco. . . sólo quiero llamarlo para avisarle que el bebé está por nacer —explicó Candy.

—¡A esta hora! ¡Pero si ya es más de medianoche, Candy!

—Lo sé, Eleanor, pero si no lo hago ahora, dudo que Terry se encargue de eso. . . y el duque estaba muy interesado en estar aquí para el nacimiento ¿Sabes, Eleanor? . . . Le prometí que se lo haría saber.

Candy no pudo terminar la frase. Sus nudillos se pusieron blancos mientras apretaba con más fuerza uno de los postes de la cama. Aunque la joven no gritó, con sólo ver su ceño fruncido, Eleanor comprendió que Candy estaba teniendo una nueva contracción.

—¡Dios mío, niña! Inhala. . . vamos. . . exhala ahora. . . Terry estará aquí en un segundo o dos —dijo la mujer en tono tranquilizador mientras sostenía a Candy en sus brazos, sentándose con ella en el borde de la cama. La joven rubia se concentró nuevamente en su respiración y después de un par de minutos que le parecieron horas, el dolor comenzó a disminuir—. ¿Estás bien ahora? —preguntó Eleanor.

—Está pasando.

—¿Con qué frecuencia tienes las contracciones?”

—Muy a menudo, Eleanor, el bebé llegará en algún momento de este día, estoy segura . . . pero debo llamar —insistió Candy tomando la carta de la mano de Eleanor.

Eleanor observaba en silencio cómo Candy marcaba los números. En su interior, se preguntaba qué pensaría la duquesa si se enterara de que su marido estaba recibiendo una llamada de una mujer desconocida a altas horas de la madrugada. Mil preguntas se amontonaban en su cabeza en una maraña confusa. Tras unos segundos de tensión, su naturaleza femenina se impuso a su dignidad y se atrevió a preguntar.

—¿Dónde está Richard ahora? ¿En Arundel Park? —preguntó Eleanor, incapaz de contener su curiosidad.

—No, está en la ciudad —respondió Candy mientras esperaba en la línea— Dijo que tenía algunos asuntos que atender estos días y que también quería ver a Terry, ya que estará en Londres esta semana. Primero llamaré a la casa de su secretario.

Nadie contestó el teléfono del otro lado de la línea, aunque Candy lo intentó tres veces.

—Nadie contesta el teléfono en la casa del señor Perkins . . . Probaré con otro número entonces . . . ¡Ay! —Candy se llevó instintivamente su mano libre hacia su vientre. Parecía que se avecinaba otra contracción.

—Candy, déjame ayudarte a prepararte para ir al hospital primero, cariño. Lo haremos muy rápido. ¿Dónde está tu bolso de viaje? —propuso Eleanor, viendo la necesidad de acelerar las cosas.

—En ese armario, pero no he terminado de hacer la maleta . . . No esperaba al bebé tan pronto — explicó Candy mientras Eleanor se dirigía al armario—. Puedes tomar el primer vestido que encuentres. . . y mi abrigo —sugirió la joven mientras marcaba un número diferente esta vez, pero con la misma mala suerte—Dios mío, nadie atiende la llamada en el área de los sirvientes en N*** House. El señor Daniels debe tener el sueño muy pesado —murmuró Candy mientras se mordía el labio inferior.

Eleanor regresó con las prendas necesarias. Con manos expertas, ayudó a su nuera a deshacerse del camión y a vestirse. Mientras aún estaban en eso, ambas pudieron escuchar los pasos decididos de Terrence subiendo las escaleras.

—Eleanor. . . Terry está por llegar —comenzó Candy, intentando pensar lo más rápido que podía—. Eleanor, sé que puede ser demasiado pedir, pero. . . ¿podrías quedarte para llamar a su padre?

Candy no podía ver el rostro de Eleanor porque estaba justo detrás de ella, ayudándola a ponerse el abrigo. Si hubiera estado frente a la madre de Terrence, habría podido notar cómo todos los colores desaparecieron de las mejillas de la actriz en un segundo.

—Este último número de la lista es el de su alcoba —susurró Candy entregándole el papel a su suegra—. Podemos decirle a Terry que te quedarás para preparar el bolso de viaje, que, por cierto, también apreciaría que terminaras de empacar por mí.

—¿Estás lista? —La voz de Terrence irrumpió en la habitación en ese momento.

—“*En este mundo solamente hay dos tragedias básicas*” —recitó en voz alta — “*Una es no conseguir lo que uno quiere, y la otra es conseguirlo. La última es mucho peor ¡La última es una verdadera tragedia!*”⁶”

Eleanor liberó una suave risita, sintiendo la absoluta verdad de la ingeniosa frase de Wilde. Durante todos los años en que su hijo había permanecido como prometido de Susannah, Eleanor había esperado en medio de la desesperanza que algo frustrara las intenciones de Terrence de casarse con Marlowe. Entonces, como por un milagroso acto de justicia poética, la joven había muerto, dejando a Terrence libre para buscar el amor verdadero justo en el lugar que su corazón había elegido. No hace falta decir que Eleanor se había sentido inmensamente feliz cuando su hijo finalmente se casó con Candice, y su alegría había alcanzado niveles aún más altos cuando le habían anunciado que ella estaba embarazada. Tal vez tener un nieto a una edad en la que todavía se sentía atractiva hubiera herido su orgullo, si Eleanor hubiese sido un poco más superficial, pero ese tipo de vanidad no era su debilidad ¡Al contrario, se había sentido más feliz que una alondra! Sin siquiera pensarlo dos veces, había cancelado todos sus compromisos profesionales y se había apresurado a ir a Inglaterra con la cabeza llena de dulces expectativas con respecto al bebé. Sin embargo, era precisamente esa inocente criatura aún no nacida quien estaba socavando todas las certezas que ella había erigido dolorosamente para darle sentido a su propia vida.

Eleanor suspiró una vez más. Su mano sostenía ahora el auricular con fuerza, su resolución pendía de un hilo muy fino.

“De hecho, Wilde tenía razón”, pensó, porque incluso uno de los acontecimientos más felices de su vida, el nacimiento de su primer nieto, la estaba arrojando a un torbellino de emociones no deseadas. . . y sospechaba que esto era sólo el comienzo de una serie de desafíos similares.

Con dedos inseguros, marcó el tercer número de la lista que Candy le había dado. Aunque Candy ya había llamado al sistema telefónico de la planta baja de la casa de Saint James Square, Eleanor decidió intentarlo de nuevo. Cuando el teléfono empezó a sonar al otro lado de la línea, Eleanor se quedó quieta, esperando que un sirviente desconocido tomara el teléfono de una vez por todas.

“No hay por qué preocuparse”, se dijo la actriz mientras giraba nerviosamente el cable del teléfono, “sólo tengo que dejar un mensaje . . . eso es todo”.

Por desgracia, el teléfono siguió sonando durante un buen rato sin obtener respuesta. Irritada, la mujer colgó el auricular, su ansiedad aumentó aún más. Dirigió la mirada al reloj de la mesita de noche. Eran las dos de la mañana. Tal vez el sirviente a cargo dormía demasiado profundamente para responder.

⁶ Tomada de “*El Abanico de Lady Windermere*” de Oscar Wilde

Los ojos azules de Eleanor se posaron en el último número de la lista. Junto al número, escrito con una letra que Eleanor conocía muy bien, había una nota entre paréntesis que simplemente decía:

(Mis aposentos)

Eleanor puso los ojos en blanco, exasperada ¡Eso fue la gota que derramó el vaso! Si alguien le hubiera dicho la noche anterior que llamaría a los aposentos privados de Richard Grandchester la noche siguiente, lo habría tomado como una broma de mal gusto.

“Esto no está sucediendo”, se dijo a sí misma, moviendo la cabeza de lado a lado con incredulidad.

No había oído la voz de Richard desde que Terrence tenía cinco años. Las pocas veces que se habían comunicado después de su ruptura definitiva en Escocia habían sido sólo por cartas. Incluso cuando el duque había estado en Nueva York el año anterior para ver a su hijo, su camino no se había cruzado con el de ella. Eleanor se alegraba de que así hubiera sido . . . pero ahora se suponía que debía marcar su número y despertarlo a esa hora.

—¿Y si no duerme solo? ¿Y si es *ella* quien responde al teléfono?—Ante ese último pensamiento, negó con incredulidad. Dudaba que Richard y la duquesa siguieran manteniendo relaciones maritales cuando el asunto de la procreación ya no estaba sobre la mesa. Eso, por supuesto, no significaba que la cama del duque estuviera vacía todo el tiempo. Sin embargo, quienquiera que estuviera con él ahora no era probable que respondiera el teléfono en sus aposentos ¿O sí? . . . la mera idea era medio repugnante y un poco extrañamente divertida. Pero, si sucedía algo tan bizarro ¿qué iba a hacer?

De repente, Eleanor vio el rostro de su tía Gladys, que tenía una especie de sentido del humor más bien negro, sonriendo con picardía ante su situación.

—¿Qué se supone que debes hacer, niña tonta?—parecía decirle la tía Gladys con sus brillantes ojos azules—. Ya no eres una muchacha, Eleanor, simplemente toma el teléfono y entrega el mensaje ¡Es así de simple!

Eleanor se apartó un mechón de cabello que había caído sobre su frente y la imagen de la tía Gladys, quien había partido de este mundo hacía tantos años atrás, desapareció de su mente.

—Está bien—se dijo a sí misma—, si *Su Gracia* tiene una discusión con su actual amante esta noche, será todo con tal de hacerle llegar las buenas noticias. . . después de todo, si no nos importaron las “buenas costumbres” hace veintinueve años . . . no vamos a empezar a comportarnos como damiselas tímidas ahora ¿verdad?

Y con esa última resolución, Eleanor marcó el temido número y esperó que el timbre sonara una vez. . . dos veces. . . tres veces.

—¿Mmm? —murmuró una voz profunda después del típico clic del teléfono que anunciaba que la llamada había sido tomada—¿Quién habla?

Eleanor tardó un par de segundos en recuperar la compostura antes de poder responder finalmente:

—Richard —dijo con una voz que sus poderes histriónicos hacían mucho más segura de lo que realmente se sentía— Soy yo, Eleanor.

Se produjeron dos o tres segundos de silencio desconcertante. Al otro lado de la línea, Richard Grandchester temió estar teniendo uno de sus sueños recurrentes.

—Lamento molestarte a esta hora tan inapropiada, Richard —continuó Eleanor—. Te llamo de parte de Terry, es decir, de su esposa.

Entonces, la comprensión de lo que sucedía invadió la mente aún medio dormida del duque.

—¿Candy? —preguntó él.

—Sí, Richard. El bebé está por nacer.

Tirado por una cuerda invisible, Richard se sentó en su cama, apartando las pesadas frazadas.

—¿De parto? ¿Pero no estaba previsto que naciera a principios de diciembre?”

—Al parecer el bebé llegará antes de lo esperado. Estas cosas pasan ¿sabes? —respondió Eleanor, que empezó a percibir el repentino nerviosismo del hombre.

—¡Por Dios! ¡Esto puede ser peligroso, Ella! —Richard dijo, alzando la voz, sin darse cuenta de que había utilizado el diminutivo cariñoso con el cual solía llamar a su amante en otro tiempo.

—No te preocupes. Es una joven fuerte a pesar de ser tan menudita. Estará bien. Me pidió que te avisara que el bebé está por llegar.

—¿Puedo hablar con Terrence? —preguntó el duque con un dejo de su distintiva entonación autoritaria.

—Llevó a Candy al hospital.

—Ya veo —respondió, bajando la voz hasta casi convertirse en un susurro. De repente, se dio cuenta de que efectivamente estaba hablando con la madre de su hijo a las dos de la mañana. Inesperadamente, se quedó sin palabras.

—Bueno —continuó Eleanor, notando que su interlocutor se había quedado en silencio—, le había prometido a Candy que te llamaría. . . y así lo hice.

—Espera, Ell... Eleanor —logró decir Richard— ¿Dónde estás?

conjurada por el olor a antiséptico que impregnaba el ambiente. Pero esta vez había sido Candy, su siempre saludable y alegre esposa, quien había sido llevada en silla de ruedas, como si fuese una inválida. . . ¿Cómo era eso posible?

—¿Señor? — una voz femenina lo llamó por tercera vez.

Terrence finalmente giró la cabeza para ver a la enfermera que estaba a su lado.

—¿Sí? — respondió él apenas reconociendo su presencia.

—¿Podría completar este formulario? — le pidió la mujer, entregándole una serie de papeles de registro y un bolígrafo, que Terrence tomó distraídamente en sus manos.

Luchando contra sus sentimientos para concentrarse en la tarea, el joven logró regresar al mostrador de la recepción del hospital y completó los documentos. Cuando finalmente devolvió los papeles a la enfermera, esta se tomó el tiempo de verificar si toda la información había sido ingresada correctamente. Instintivamente, la enfermera frunció el ceño cuando vio el nombre que Terrence había escrito en el formato.

—¿Grandchester? — le preguntó al actor, al que había reconocido perfectamente desde el principio.

Entendiendo por qué la mujer estaba desconcertada, Terrence la miró con una ceja levantada.

—Graham es sólo mi segundo nombre. Grandchester es mi verdadero apellido —explicó y de inmediato le dio la espalda a la mujer. En lugar de quedarse ahí para ver su reacción, comenzó a alejarse en busca de un lugar solitario donde ordenar sus agitados pensamientos.

Le tomó apenas unos segundos llegar a la sala de espera del hospital, donde se sentó, en un intento por recuperar la cordura. Con gesto cansado, apoyó la cabeza en la pared detrás de su asiento y cerró los ojos. Interiormente, se repetía que no había razón para estar tan aprensivo.

“No está enferma, sólo va a tener un bebé”, se dijo en silencio. “No hay nada que temer. . .”

Sin embargo, por más que intentaba estabilizar su mente, una segunda voz le recordaba que las mujeres también mueren en el parto, sobre todo si el niño nace antes de tiempo. La sola idea hizo que su corazón volviera a latir a toda velocidad. Sus dedos comenzaron a golpear nerviosamente el apoyabrazos de la silla, frustrado por su incapacidad de recuperar el control de sus emociones.

“¿Cómo es posible que ella sea la que sufre y yo esté aquí, angustiado y en pánico?”, se dijo, perdiendo la paciencia con sus propios miedos.

Se levantó de su asiento y caminó en círculos por la habitación vacía varias veces. Aunque intentaba evitar el temido “¿Y si ella . . .?”, las posibilidades más sombrías se repetían una y otra vez en su cabeza. Ansiaba un cigarrillo, pero sabiendo bien que recurrir a la nicotina en ese momento sólo aumentaría el poder de su adicción, decidió no hacerlo. Así que simplemente siguió

caminando en círculos durante aproximadamente media hora, hasta que recordó que su madre todavía lo esperaba en su casa. Contento de encontrar algo útil en lo que pudiera emplear su tiempo, tomó el abrigo que había dejado en un asiento cercana y caminó decididamente hacia la salida.

Cuando regresó a casa, su madre ya lo estaba esperando en el salón. Una taza de té le estaba haciendo compañía. Ella le sugirió que se sentara con ella y bebiera un poco antes de regresar al hospital. Terrence miró a su madre como si su oferta le hubiera horrorizado.

—No me mires así, Terry —dijo la mujer con serenidad—. Es tu esposa la que está ocupada teniendo el bebé. Será mejor que te calmes un poco y le des algo a ese estómago vacío que tienes. Estoy segura de que Candy sugeriría lo mismo si estuviera aquí. Después de todo, por la frecuencia de las contracciones de Candy, imagino que todavía le llevará un tiempo antes de que podamos conocer al bebé.

Al ver que la razón estaba del lado de su madre, el joven se sentó junto a ella sin decir palabra. Dejó que la mujer le sirviera un par de rebanadas de pan tostado y una generosa cantidad de té bien cargado, aunque en realidad él no tenía hambre. Las emociones fuertes normalmente le hacían perder el apetito, pero comprendió que ese podría ser el único desayuno que iba a tomar ese día.

Mientras bebía, o más bien tragaba el té de un solo sorbo, observó vagamente el atuendo de su madre. Llevaba un traje de terciopelo color púrpura oscuro, diseñado por Schiaparelli, con bordados negros en la solapa y los puños, lo que contrastaban dramáticamente con su cabello claro y sus ojos azules. No había ni una arruga en su falda, ni un pelo suelto que arruinara la perfecta armonía de su apariencia. “¿Cómo se las arreglaba para estar tan serena en un momento como ese?”, se preguntó Terrence. Es más, era increíble que en menos de dos horas hubiera tenido tiempo de arreglarse tan meticulosamente y peinarse como si fuera a desayunar con la Reina. Pero Eleanor Baker siempre había sido una mujer muy elegante; por lo tanto, razonó que su madre simplemente estaba siendo ella misma, incluso aunque fueran las tres de la mañana.

—Te ves muy bonita esta mañana —se aventuró a hacerle un cumplido dejando su taza vacía a un lado.

—Gracias. Pensé que debía estar en mi mejor forma para recibir a mi nieto— explicó Eleanor.

Si Terrence no hubiera sido presa de sus peores temores en ese momento, se habría dado cuenta de que, aparte de su elegante vestimenta, su madre había asumido su rol de personaje público, como si estuviera lista para conceder una entrevista. Por supuesto, aquello le hubiera parecido extraño, ya que estaban solos en la habitación y no esperaban ningún contacto con la prensa a una hora tan inapropiada. Pero Terrence no estaba en sus cinco sentidos en aquella hora; por lo tanto, los preparativos de su madre para "adentrarse en su papel" no despertaron sus sospechas. Después de terminar la frugal comida, madre e hijo se dirigieron al hospital, ambos sumidos en sus propios pensamientos.

—Gracias —continuó Eleanor con el mismo tono cortés pero distante—. Me sorprende lo rápido que has llegado. Espero que hayas tenido un buen viaje.

—Tan bueno como se puede tener en tales ocasiones . . . —respondió el duque mientras apoyaba sus dos manos en el mango de plata de su bastón—, viéndote aquí, supongo que aún no hay novedades.

—Así es, —respondió la actriz, preguntándose si él estaba esperando a que ella lo invitara a sentarse a su lado. “Podía esperar todo el día”, pensó, porque no tenía intenciones de brindarle tal cortesía.

—¿No crees que ya ha pasado bastante tiempo? —prosiguió el duque, recorriendo discretamente con la mirada la elegante figura de su antigua amante. Le pareció que lucía majestuosa con aquel vestido de terciopelo oscuro.

—Supongo que no es nada extraordinario. Candy empezó a tener dolores alrededor de las once de la noche de ayer. Eso fue hace unas ocho horas, así que supongo que veremos al doctor Monroe muy pronto.

El duque levantó la ceja izquierda, mientras evaluaba internamente las palabras de la dama y su tono frío.

—Hablas como si fuese un hecho que todo está bien. Supongo que no ves ninguna posibilidad de complicaciones —añadió él.

—¡En lo absoluto! Se adelantó un poco, pero sólo por un par de semanas. No es nada que una mujer joven y sana como ella no pueda soportar.

—¡Bien! —exclamó el hombre, preguntándose si Eleanor se opondría a su compañía mientras ambos aguardaban por la llegada de la esperada noticia— ¿Y dónde está Terrence? —preguntó de repente, al darse cuenta de que su hijo no estaba en la sala.

—Debe estar en la cafetería, donde sea que esta se encuentre. Ha estado bastante inquieto.

—No es de extrañarse. En momentos como éste, un hombre no sabe realmente qué hacer consigo mismo.

—¿De verdad? —preguntó la mujer, algo divertida por la repentina muestra de solidaridad masculina implicada en las palabras del duque— Tal vez tú estés más capacitado para ofrecerle a algún tipo de apoyo en este momento. Por ahora, me declaro incapaz de lidiar con su mal humor.

—Puedo ver que te estaba sacando de quicio—, insinuó Lord N*** con una sonrisa ladeada, feliz de descubrir que no era el único de los progenitores de Terrence que batallaba de vez en cuando con el mal humor del joven.

—Ni que lo digas —le dijo Eleanor poniendo los ojos en blanco—. De todos modos, realmente deberías intentar hablar con **tu** hijo, Richard.

—Está bien, iré a buscarlo entonces —dijo, captando la más bien directa sugerencia de la mujer, pero antes de darle la espalda para salir de la sala de espera, se dirigió a ella una vez más agregando: —Es agradable verte de nuevo, Eleanor.

Como respuesta, la mujer se limitó a asentir y sonrió fríamente durante una fracción de segundo, antes de bajar la vista para seguir leyendo. Entendiendo que esa era su señal para salir, el duque giró sobre sus talones para buscar a su hijo.

En el vestíbulo, John Samuels se levantó de su asiento al ver a su patrón salir de la sala de espera. Una breve señal de la mano de su señoría le hizo comprender que sus servicios aún no eran requeridos. Así que Samuels volvió a sentarse, agachando la cabeza. Este gesto no le permitió percibir el breve suspiro que el duque dejó escapar al detenerse un instante.

Se alegraba de que su primer encuentro con Eleanor hubiera terminado. Las cuatro largas horas de camino polvoriento que había recorrido no habían sido suficientes para prepararlo para el momento. Aunque su mente había acariciado durante mucho tiempo la posibilidad de volver a verla, aunque su nuera le hubiese advertido de su inminente visita . . . nada podía realmente hacerle sentir lo suficientemente seguro como para enfrentarse a ella ¿Cómo podría estarlo? Después de todo lo que había sucedido entre ellos, sin importar cuántos años hubieran pasado, siempre se sentiría desarmado bajo esa mirada azul. Y ahora, como nunca antes, esos ojos azules, que una vez lo habían mirado con adoración, estaban cargados de una indiferencia que casi rayaba en el desdén.

“Todo está como debe ser”, pensó, mientras su bastón resonaba con cada paso que daba.

“Cuando era joven, mi orgullo y mi ira me salvaban de hundirme en el remordimiento . . . pero ahora no puedo seguir engañándome. Debo pagar el precio de mis errores. Para ser honesto, ella tiene muchas razones para despreciarme . . . y, sin embargo, esperaba menos frialdad ¡Soy un verdadero estúpido!”.

El duque se detuvo cuando por fin vio la entrada de la cafetería del hospital. Sentado en una mesa solitaria, de espaldas a la puerta, Terrence no percibió la presencia de su padre hasta que su voz lo llamó, casi sobresaltándolo.

—Terrence —dijo Richard bajando la voz, ligeramente consciente de la presencia de otra persona en el lado opuesto de la sala.

—¡Padre! . . . ¿Cómo es posible? —murmuró Terrence sorprendido, inconscientemente llamando a Richard «padre» por primera vez en muchos años. El corazón del duque se llenó de silenciosa alegría.

—Recibí un mensaje de Candy —respondió Su Gracia mientras se sentaba cerca de su hijo.

Por un breve segundo, una furtiva señal de sorpresa brilló en los ojos de Terrence, pero pronto fue reemplazada por la expresión de alguien que parece comprender repentinamente un acertijo.

—Ya veo . . . es típico de ella —respondió sin cuestionar cuándo y cómo había llegado semejante mensaje al duque. En cambio, bajó la cabeza y sus ojos se perdieron en la superficie de la taza de té frío que tenía frente de sí.

—Tu chica es un ángel —comentó el duque sacando lentamente de su bolsillo una cigarrera de oro.

—Lo sé. . . —asintió Terrence mientras fruncía los labios en un gesto nervioso.

Lord N*** recordó entonces que, de niño, por muy triste o enojado que Terrence pudiera estar, rara vez rompía en llanto. En cambio, sólo fruncía los labios y muy probablemente apretaba los dientes, a juzgar por la visible tensión en sus mandíbulas.

—Hijo, todo irá bien —dijo el duque mientras abría su cigarrera frente al joven, quien rechazó la oferta.

—Es sólo que. . . no sé qué haría si. . . —Terrence se detuvo, sin atreverse a terminar la frase.

—No dejes que tu mente vaya por ese camino, Terrence —le advirtió Richard mientras se daba cuenta, a un nivel más profundo, hasta qué punto una especie de pasión debilitante se estaba apoderando del corazón de su hijo en aquel momento.

—¡Han pasado horas. . . y aún no había llegado el término de su embarazo! —dijo Terrence con voz ronca y casi quebrada.

—¿Ha salido el médico a hablar contigo? —preguntó Su Gracia tras la primera bocanada de humo de su cigarrillo.

—¡No. . . ni una maldita vez! —respondió Terrence con visible exasperación.

—Entonces significa que las cosas están evolucionando como deberían. De lo contrario, el médico habría venido a discutir la situación contigo —explicó el duque con su habitual tono flemático.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Terrence, empezando a sentirse irritado por la actitud tranquila de su padre.

—Bueno, por si no lo has notado, ya he estado en tu lugar antes.

—¿Acaso la duquesa tuvo alguna vez complicaciones? —, preguntó el joven con un gesto sardónico en los labios, refiriéndose a su madrastra.

—Una vez . . . pero mi alusión anterior no se refería a los hijos de Beatrix. Cuando nacieron, debo ser sincero, difícilmente pude experimentar algo remotamente parecido a tu situación actual — admitió el duque con tono despectivo—. Sabes muy bien que no son mis hijos. Estaba hablando de

tu nacimiento. Ciertamente hiciste una entrada bastante dramática en este mundo, dándome el susto de mi vida.

—Mi madre nunca ha mencionado nada sobre eso —respondió Terrence, sorprendido por las revelaciones de su padre.

La boca del duque se torció en una media sonrisa por sólo una fracción de segundo.

—Tal vez se debió a que estaba demasiado ocupada en ese preciso momento como para pensar en las circunstancias. Como se acostumbraba en aquel entonces, naciste en casa. Es decir, en la casa de Nueva Jersey donde vivíamos tu madre y yo en esos días.

—¿No creía usted en los hospitales? —, preguntó el joven relajando levemente las cejas que había estado frunciendo inconscientemente.

—Antes de esta criatura que está naciendo ahora mismo, ningún Grandchester había nacido en un hospital —explicó Lord N***—, pero, aunque no tuviera que llevar a tu madre al médico, necesitaba que el médico viniera a casa, y ese fue el problema.

Terrence miró a su padre cuestionándole con los ojos.

—Bueno, sucedió que elegiste la noche más horrenda y tormentosa para hacer tu entrada a este mundo . . . y —el hombre hizo aquí una pausa, reorganizando sus recuerdos de esa ocasión— . . . y las líneas telefónicas no funcionaban debido a la tormenta eléctrica.

—Entonces, su chofer tuvo que ir a Nueva York para buscar al médico —dijo Terrence sin emoción.

—No exactamente—, respondió el duque con una extraña sonrisa, —debido al total secretismo que tontamente yo nos había impuesto, cometí el error de mantener la casa casi sin personal de servicio. Sólo teníamos una ama de llaves que vivía con nosotros y un lacayo que solamente trabajaba de 8 a 5.

—¿Quiere usted decir que no tenía chofer a su servicio? —, le preguntó el actor con incredulidad.

—Bueno, yo era joven y tonto entonces —admitió Lord N*** encogiéndose de hombros— El resto de mi personal estaba dividido entre la casa de campo de Long Island, donde se alojaba Beatrix, y mi casa en Manhattan. Los choferes estaban ahí. En la casa de Nueva Jersey, tenía un carruaje que solía manejar el lacayo si tu madre lo necesitaba, y yo me desplazaba a caballo siempre que necesitaba ir a Manhattan. Pensé que, al tener un teléfono instalado, lo cual era una especie de novedad en aquellos días, tendríamos acceso para llamar al médico si era necesario. Por supuesto, no tuve en cuenta que los teléfonos pueden fallar durante una tormenta. Así que, cuando tu madre me dijo que estabas por llegar, estábamos solos con la ama de llaves. Además, utilizar el carruaje hubiese sido una muy mala idea teniendo en cuenta que había estado lloviendo durante horas y las carreteras estaba enfangadas. Por lo tanto, tuve que ir a caballo hasta Nueva York para buscar al médico.

—¿Bajo la lluvia? —preguntó Terrence frunciendo el ceño, como si simplemente no pudiera imaginarse a su digno padre cabalgando bajo una tormenta.

El duque se limitó a asentir para responder a la pregunta de su hijo y luego continuó, después de apagar su cigarrillo en el cenicero que el camarero había traído a petición suya.

—Ciertamente no fue mi paseo favorito. Por momentos pensé que me llevaría una eternidad llegar a la casa del médico en Manhattan, pero finalmente llegué. Para mi consternación, el muy estúpido no sólo se tomó su tiempo para prepararse, sino que también insistió en traer su carruaje. Por supuesto, apenas habíamos recorrido un par de kilómetros cuando el maldito y pesado vehículo se quedó atascado en el barro, tal como me imaginaba que pasaría. Al final, tuvimos que dejar el carruaje en la carretera y continuar el viaje a caballo.

—Me imagino que . . . si yo hubiera estado en el lugar suyo, habría asesinado a ese hombre allí mismo —Terrence se aventuró a sonreír al imaginarse a su joven padre maldiciendo bajo la lluvia.

—Créeme, lo habría hecho si la vida de tu madre y la tuya no hubieran estado en manos de ese hombre ridículo . . . Irónicamente, esa fue la parte más fácil de la hazaña.

—¿Podrían haber empeorado las cosas?

—Bueno, hijo, mientras yo cabalgaba como loco, pullando al médico para que galopara más rápido, tenía algo en lo que podía emplear mi tiempo y energía. Una vez que llegamos a la casa, tuve que pasar el resto de la noche escuchando a tu madre gritar sin poder hacer nada para ayudarla ¡Eso casi me llevó al borde de la locura!

—¿Cómo hace la gente esto? — se preguntó Terrence casi retóricamente, restregando una mano con la otra.

—Supongo que un hombre simplemente tiene que encontrar la manera de sobrellevar sus propios sentimientos de impotencia. En realidad, el verdadero acto de valentía recae en las mujeres en casos como este.

— . . . y toda la culpa es nuestra . . .

—Sé lo que quieres decir, hijo. Sin embargo, en realidad, aquí no hay nadie a quien culpar.

Terrence soltó una breve y ahogada risa de incredulidad ante las palabras de su padre.

El duque suspiró, empezando a perder la paciencia ante el obstinado desaliento de su hijo.

—Desearía que algún día pudieras verte a ti mismo con los ojos de tu esposa, hijo —dijo el hombre asintiendo.

—¿Qué quieres decir?

Al ver que había recuperado la atención de su hijo, Richard Grandchester dejó su cigarro en el cenicero antes de continuar.

—Cuando ella te mira —comenzó, suavizando de pronto el tono de su voz—, a menudo, cuando ni siquiera te das cuenta, se puede leer fácilmente en su rostro cuánto te adora, como si fueras la criatura más maravillosa de la Tierra . . . Por San Jorge, sólo hay que observar la forma en que siempre está pendiente de ti, buscando la más mínima oportunidad de complacerte . . . ¿Crees que una mujer tan locamente enamorada puede arrepentirse de haberse entregado al objeto de su afecto? ¿Crees que se está arrepintiendo de estar dando a luz un hijo tuyo, solamente por el dolor que experimenta?

Terrence negó con la cabeza en silencio, a modo de respuesta.

—Así que no hay culpa que pueda atribuirse a nadie —insistió el duque—. El dolor y el peligro forman parte de la vida tanto como el placer y la alegría. Tenemos que aceptarlos e incluso acogerlos cuando llamen a nuestra puerta. Muy pronto descubrirás que ambos extremos del continuo a menudo tocan nuestros corazones de manera contingente. Cuando veas a tu familia por primera vez, pronto olvidarás tu angustia actual y al segundo siguiente sentirás el peso de una nueva responsabilidad sobre tus hombros como nunca antes la has sentido . . . pero así tiene que ser y está bien que lo sea.

Terrence no dijo una palabra, pero sus ojos le dijeron elocuentemente a su padre que apreciaba sus palabras.

—Y hablando de responsabilidad —continuó Lord N***, atreviéndose a abordar el tema pendiente—, no tengo intención de asumir atribuciones que no correspondan a mi legítimo papel de abuelo.

Terrence parpadeó y miró a su padre como si no hubiera entendido sus palabras. Richard Grandchester leyó la confusión de su hijo y le explicó.

—Quiero decir que este niño será sólo tuyo. No puedo mentirte que quisiera estar ahora en tu lugar, tener la oportunidad de empezar de nuevo, probar suerte una vez más como padre . . . pero la vida rara vez nos da segundas oportunidades. Estoy plenamente consciente de que este no es mi turno de disfrutar de una oportunidad así. Así que no temas que intente interferir en las decisiones que debes tomar sobre la educación y el cuidado de tus hijos.

El joven quedó atónito ante la profunda sinceridad de la voz de su padre. Sin embargo, su desconfianza hacia el duque estaba tan arraigada que aún se resistía a creer lo que escuchaba.

—Aprecio sus palabras —dijo Terrence por cortesía—, pero ¿cómo puedo estar seguro de que respetará mis decisiones? No soy un tonto, señor; sé muy bien lo que está en juego para la familia Grandchester.

—Entonces seguramente sabes que, si desdeñas tu derecho de nacimiento cuando llegue el momento, sólo tendrás que revelar que no eres hijo de Beatrix. Si lo haces, ni tú ni un hijo tuyo podrían convertirse nunca en mis herederos.

—A menos que muera antes que usted, señor —interrumpió Terrence, con un tono cada vez más insolente.

—No se trata de una tragedia griega, Terrence. Ni siquiera un mal padre como yo lo he sido consideraría una posibilidad así como una solución ¡No era eso lo que quería decir!

—Entonces, ¿cuál era su punto? —cuestionó el joven, sintiéndose confusamente medio culpable por su comentario evasivo y medio divertido por haber logrado exasperar a su padre.

—Lo cierto es que el destino de nuestra casa está en tus manos —respondió el duque, obligándose a recuperar la serenidad—. Así que, aunque no creas en mi promesa, puedes estar seguro de que eres tú quien tiene las riendas de la situación, no yo.

“¿De verdad mi padre me está hablando en esos términos?”, se preguntó Terrence para sus adentros, estupefacto ante las inesperadas y sinceras palabras del duque.

—No debes temer mi intervención, hijo. Si mi buena voluntad no mantiene bajo control mi afán posesivo, entonces mi impotencia para persuadirte de que salves nuestra casa de su caída me mantendrá humilde.

—Aclaremos esto, señor ¿Está diciendo que, aunque decida criar a mis hijos de una manera que usted no aprueba, no intentará interferir?

—Sé que estoy actuando de manera inusual —admitió el duque—. Míralo de esta manera, Terrence. Una década entera de distanciamiento entre nosotros dos me enseñó que intentar imponer mi voluntad sobre la tuya es contraproducente. . . Yo . . . —aquí la voz del duque vaciló por un breve instante, pero, reuniendo coraje, finalmente terminó de decir en un tono más bajo— He aprendido a valorar tu amistad más que el honor y el linaje. Así que . . . mantendré mi palabra . . . hijo.

El joven iba a abrir la boca para responder cuando la figura cuadrada del Dr. Monroe apareció en la entrada.

—Señor Graham —llamó el médico con voz algo cansada, y el joven se levantó bruscamente al oírlo.

Monroe echó una rápida mirada al distinguido hombre mayor que había permanecido sentado, pero pudiendo más su actitud profesional que su curiosidad sobre la identidad del extraño, sólo reconoció su presencia con un gesto de cabeza. Entonces, el corpulento doctor se dirigió al joven de inmediato, viendo su ansiedad evidente en cada uno de sus rasgos.

—Creo que es necesario felicitarlo, señor—, dijo el médico con una rápida sonrisa en su pálido rostro, —tiene un niño saludable de 3 kilos 400”.

—¿Mi esposa . . . ? —fue lo primero que Terrence pudo pronunciar una vez que su garganta le permitió articular un sonido.

—Oh, ella está tan bien como cualquier dama saludable puede estarlo dadas las circunstancias —respondió Monroe con naturalidad—. El parto fue un poco más largo de lo habitual, pero su esposa es una chica fuerte para ser tan pequeña.

—Debo verla . . . y al bebé —dijo Terrence, soltando el aliento que contenía inconscientemente . . . su voz sonaba más como una orden sin cortesía alguna.

—Sí, claro que sí, señor . . . pero las enfermeras están ayudándolos a acicalarse, debemos darles unos minutos para que terminen la tarea. Mientras tanto, hay algunos detalles burocráticos que debo discutir con usted para emitir el certificado de nacimiento —respondió Monroe con su habitual tono sereno.

—Por supuesto —respondió el joven haciendo lo posible por controlar sus emociones frente al médico.

Con la facilidad de quien viene haciendo lo mismo desde hace muchos años, Monroe sacó una serie de papeles que dejó sobre la mesa del restaurante.

—Verá, señor Graham, creo que hay algún tipo de confusión con su apellido —afirmó el médico señalando el formulario que el propio Terrence había llenado unas horas antes.

—No hay ninguno, doctor Monroe. Grandchester es mi apellido real —dijo Terrence recuperando su habitual tono profesional— Uso Graham, que es mi segundo nombre, como mi nombre artístico.

—Ah, ya veo. Nunca había trabajado para un artista, de ahí mi ignorancia sobre estos detalles. Mis disculpas.

—No hay de qué, doctor ¿Hay algo más que necesite saber? —preguntó Terrence, sin percatarse de que su padre, que seguía de pie detrás de él, se había puesto pálido y había recuperado el color en apenas unos segundos.

—Ah, sí, por supuesto, el nombre del niño ¿Le gustaría dejar ese espacio de información en blanco hasta que lo discuta con su esposa? Si ese fuera el caso, podría pedirle el formulario a la enfermera cuando usted esté listo.

—No hay necesidad de esperar. Candice y yo ya hemos decidido el nombre con mucha antelación. El nombre del niño será Richard Douglas Grandchester, dijo mientras tomaba el formulario para rellenar el espacio en blanco.

por el bien de su hijo⁷. Así fue como, queridas lectoras (y lectores), Candy comprendió que, a pesar del destino, de sus propios errores, contra el mundo y contra todos los pronósticos, ahora era la madre del hijo de Terrence y estaba preparada para afrontar la tarea con todas las fuerzas de su joven y valiente corazón.

.

Cuando él finalmente entró en la habitación, la joven que yacía en la cama de hospital parecía haberse quedado dormida. Terrence se acercó al lecho y, en un impulso, se arrodilló, apoyando los brazos sobre el colchón. Sus ojos inspeccionaron ansiosamente el rostro dormido de su esposa.

“¿*Por qué está tan pálida?*” fue lo primero que pensó, con una punzada de pánico recorriéndole el pecho. Luego, con dedos casi temblorosos, acarició la mejilla de Candy, que estaba blanca como el alabastro debido a la importante pérdida de sangre que había sufrido. Sin embargo, cuando su piel tocó la de ella, pudo sentir de nuevo su calor habitual, aunque apenas un grado o dos más bajo de lo habitual. Estaba inhalando y exhalando normalmente . . . estaba viva . . . Terrence soltó el aliento que había estado conteniendo por Dios sabe cuánto tiempo.

Los cortos mechones de cabello de Candice habían sido acicalados por la enfermera que la había atendido después del parto, pero cuando Terrence los acarició, pudo percibir que estaban ligeramente húmedos, como si ella hubiera estado sudando. Sin duda, su esfuerzo había sido extenuante. Mientras acariciaba tímidamente su frente, su ceja se arqueó ligeramente en un movimiento reflejo y su pecho se elevó con un sutil suspiro. Al segundo siguiente sus ojos se encontraron con los de ella, y notó que los iris de Candy habían adquirido una nueva tonalidad, un verde claro, como piedras de jade pulidas.

—¡Terry! —dijo con voz cansada.

Él sentía como si su lengua estuviera pegada al paladar ¿Qué podía decir en un momento así? Sus sentimientos eran demasiado intensos y sorprendentemente contrastantes para poder expresarlos con palabras, y hacer preguntas superficiales sobre cómo se sentía ella parecía totalmente fuera de lugar. Era dolorosamente obvio que la joven estaba agotada y maltrecha después del esfuerzo.

—Dios mío, Terry —dijo con una leve sonrisa, mientras estiraba la mano para despejarla de aquellos mechones que habitualmente le caían sobre la frente—, parece que no has dormido bien, mi amor.

⁷ En 1925, el único analgésico no opiode en el mercado era la aspirina, pero no se recomienda su consumo durante la lactancia, a menos que se consuma en dosis muy pequeñas, como la actual forma de aspirina para bebés.

Terrence se rio entre dientes ante la ironía. Ella estaba allí, acostada en una cama de hospital después de horas de trabajo de parto, y lo único que le importaba era que él no hubiera podido dormir bien por una noche ¡Esa era su dulce y generosa Candy!

—Seguramente no esperabas que me fuera a casa a dormir tranquilo mientras dabas a luz a nuestro hijo —respondió finalmente tomándole la mano y llevándola a sus labios.

—¡Oh, sí! —respondió ella con una sonrisa radiante que por un segundo le hizo olvidar lo pálida que estaba— ¡Tenemos un hijo! ¿Qué te parece ser padre, Terry?

Él quería decirle tantas cosas, pero tenía el pecho entumecido por la multitud de emociones que había experimentado durante las horas anteriores.

—No sé —murmuró—. Ni siquiera he tenido la oportunidad de conocerlo. La enfermera me dijo que lo traería pronto.

—Si es así, debo sentarme ¿Podrías ayudarme? —preguntó ella con naturalidad.

Terrence se levantó y la ayudó a cambiar de postura. Mientras lo hacía, notó que la frente de ella se frunció un poco, por apenas un segundo.

—¿Estás segura de que puedes sentarte así? —preguntó, visiblemente preocupado por cualquier signo de incomodidad que pudiera leerse en el rostro de su esposa.

—¡Claro que sé lo que hago! —respondió ella, sonriendo ante el gesto sobreprotector de su marido.

Fue entonces cuando la enfermera entró en la habitación con el bebé cuidadosamente envuelto en una frazada.

A partir de ese momento, Terrence apenas pudo pronunciar palabra. Fue como si la realidad circundante se hubiera desvanecido y su alma se hubiera separado de su cuerpo. Todo lo que pudo ver durante unos minutos suspendidos que no pudo contar fue la imagen de su esposa sosteniendo a su hijo.

Comprendiendo sus sentimientos, pues ella también experimentaba emociones igualmente intensas, Candy extendió su mano libre invitándolo a sentarse a su lado. Él la obedeció, como si estuviera en trance, mientras la enfermera se eclipsaba y salía de la habitación sin hacer ruido.

Como si el bebé comprendiera que sus padres lo miraban fijamente abrió los ojos y de inmediato los fijó en los de su padre. La joven observó cómo en los ojos de Terrence aparecía un nuevo tono, uno que nunca había visto. Por lo demás, el joven seguía en un estado de perplejidad tal que no le permitía traducir sus emociones en frases coherentes. Sin embargo, incluso en la niebla de sus abrumadores sentimientos, un vago pensamiento comenzó a formarse en el fondo de su mente: el duque tenía razón. Una mirada a esa diminuta criatura que era su hijo fue suficiente para hacerle olvidar la noche angustiada que acababa de vivir. Sin embargo, al mismo tiempo, junto con la

Un ruido procedente de la puerta que había detrás de ella hizo que Eleanor se diera cuenta de que alguien más había entrado en la habitación. A sus espaldas, el abuelo del niño permanecía en silencio contemplando la imagen de su antigua amante sosteniendo un bebé en sus brazos. Un profundo sentimiento de pérdida mezclado con nuevas y brillantes esperanzas invadieron su corazón en ese instante. Si las decisiones tomadas tantos años antes hubieran sido diferentes, el momento presente podría haber sido de absoluta e inmaculada alegría. Tal como estaban las cosas, el duque tuvo que aceptar que lo que se había perdido, en efecto, se había perdido para siempre, pero en medio de esa pérdida, el pequeño niño en los brazos de Eleanor representaba el amanecer de nuevas posibilidades. Se alegraba de que la vida le hubiera permitido la oportunidad de presenciar este día a pesar de los sombríos pronósticos que había recibido. Podía considerarse afortunado.